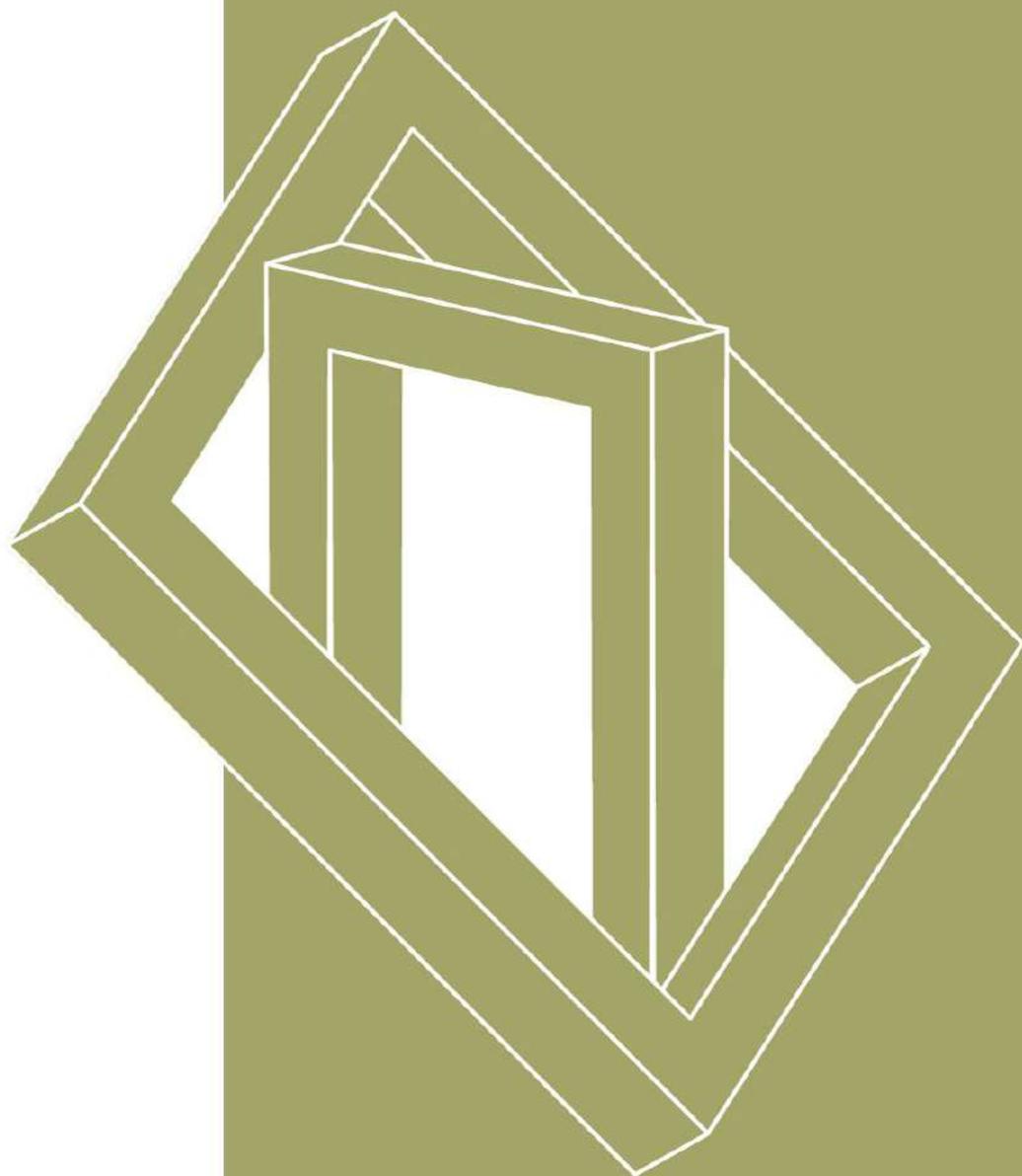


MARTÍN ARBOLEDA

GOBERNAR LA UTOPIÍA

Sobre la planificación y el poder popular



GOBERNAR LA UTOPIÍA

Sobre la planificación y el poder popular

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Queda prohibida la reproducción total o parcial de
esta obra sin la autorización por escrito del editor.

Arboleda, Martín
Gobernar la utopía. Sobre la planificación
y el poder popular
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Caja Negra, 2021
216 p.; 20 x 14 cm. - (Futuros Próximos, 38)

ISBN 978-987-1622-98-6

1. Ensayo Sociológico. 2. Capitalismo. 3. Planificación.
I. Título.
CDD 306.342

© Martín Arboleda, 2021
© Caja Negra Editora, 2021

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina
info@cajanegraeditora.com.ar
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección Editorial:
Diego Esteras / Ezequiel Fanego
Producción: Malena Rey
Coordinación y corrección: Sofía Stel
Diseño de colección: Consuelo Parga
Diseño de tapa: Emmanuel Prado
Maquetación: Cecilia Loidi

MARTÍN ARBOLEDA

GOBERNAR LA UTOPIÍA

Sobre la planificación y el poder popular

CAJA 03
NEGRA
FUTUROS
PRÓXIMOS

ÍNDICE

<u>9</u>	1. Trayectorias de una idea radical
<u>37</u>	2. Planificación democrática y la forma del Estado
<u>67</u>	3. La relación entre mercado y plan
<u>89</u>	4. Planificar más allá del crecimiento infinito y del trabajo asalariado
<u>125</u>	5. Planificación para el conflicto y el problema de la temporalidad
<u>143</u>	6. Las escalas de la planificación
<u>171</u>	7. Política del conocimiento en la universidad del capitalismo tardío
<u>189</u>	8. Hacia un internacionalismo de la planificación
<u>209</u>	Agradecimientos



TRAYECTORIAS DE UNA
IDEA RADICAL

En el intento de aventurar hipótesis, en el deseo que traza
mapas cognitivos se encuentra el principio de la sabiduría.
Fredric Jameson, *La estética geopolítica*¹

I

El año 2019 dio inicio a un ciclo de protestas que remeció el paisaje social y político en Latinoamérica. La abrumadora realidad de desigualdad extrema, injusticia social, violencia estatal y sufrimiento socioecológico, agrietó el consenso neoliberal de las últimas tres décadas, llevando manifestaciones masivas a las calles y plazas de la región. Pese a las particularidades de cada territorio en el que se articuló, la demanda ha sido clara y unívoca: redistribución de la riqueza y democratización del poder

1. Fredric Jameson, *La estética geopolítica*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2014.

político y económico. Posteriormente, la pandemia del coronavirus no solamente exacerbó, sino que hizo aún más visibles las profundas dislocaciones –de clase, raza, ecológicas y de género– a las que dio lugar el neoliberalismo en su fase tardía. El oficialismo de izquierda, por su parte, ha sido incapaz de ofrecer un proyecto de transformación que sea viable y sostenible en el tiempo. Los esquemas redistributivos implementados por las diversas administraciones progresistas de la región dejaron intacto un régimen primario-exportador que ha demostrado ser desastroso en lo ecológico e inviable en lo fiscal. Los incendios que en 2019 devoraban cientos de kilómetros de bosques tropicales y plantaciones agroexportadoras tanto en la Amazonia de Evo Morales como en la de Jair Bolsonaro, simbolizan una verdad abrumadora: el orden dominante es incapaz de ofrecer una alternativa concreta al mundo que el capital ha creado a su propia imagen.

Mientras tanto, la revuelta social abre caminos en las calles, y la pandemia abre portales en ollas populares, en hospitales, en viviendas. En esta multiplicidad de espacios de encuentro, de cooperación y de cuidado se imaginan y fraguan mundos distintos, mundos cuya realización concreta se ve directamente amenazada por la inercia institucional del orden liberal. ¿Qué hacer, entonces, cuando se extingan las llamas del radicalismo popular y las urgencias de la crisis, y se emprenda un regreso a la supuesta “normalidad”? ¿De qué manera esta sucesión de momentos constituyentes podría desbordar un registro agonístico-adversarial, y ensanchar el espectro de lo que es posible, o incluso de lo que es imaginable? El presente exige con apremio formas de intervenir en la realidad que puedan superar el cerco de lo que el crítico cultural Mark Fisher denominó *realismo capitalista*: la aceptación generalizada –tanto explícita como tácita– de que el capitalismo es el único sistema político y económico viable, y que por lo tanto es imposible imaginar

cualquier alternativa coherente.² La economía emocional que ha predominado en las últimas décadas es la de una “melancolía de izquierda”³ de intelectuales y organizaciones políticas que se sienten a gusto en su marginalidad y en su derrota, y que por ende se limitan a una orientación meramente defensiva, contestataria o de denuncia ante los excesos del sistema.

No se puede esperar que una situación post-revolucionaria o catastrófica, por sí sola, pueda llevar automáticamente a un sistema socioeconómico distinto. En el “Manifiesto por una política aceleracionista”, Alex Williams y Nick Srnicek afirman que una transición postcapitalista requiere de un ejercicio consciente de planificación que además de desarrollar un mapa cognitivo del sistema actual, también pueda confeccionar una posible imagen o representación del sistema económico futuro.⁴ Las prácticas alternativas de consumo, por sí mismas, son incapaces de propiciar una reforma agraria significativa que logre fracturar el poder de concentración de cadenas transnacionales de supermercado, de laboratorios y de grandes monocultivos industriales; cambiar el automóvil por la bicicleta puede ser un acto individual importante, pero insuficiente para emprender una transición energética profunda que permita un desmantelamiento real de las industrias fósiles y el florecimiento de las energías limpias y comunitarias; las marchas y protestas contra la desigualdad, por multitudinarias que puedan llegar a ser, no conseguirán surtir un verdadero efecto si no se transforman en reformas fiscales

2. Mark Fisher, *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, Buenos Aires, Caja Negra, 2016.

3. Ver Wendy Brown, “Resisting Left Melancholy”, *Boundary 2*, vol. 26, n° 3, pp. 19-27, 1999 y Jodi Dean, *The Communist Horizon*, Londres, Verso, 2012.

4. Alex Williams y Nick Srnicek, “Manifiesto por una política aceleracionista”, en Armen Avanessian y Mauro Reis (eds.), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017.

que puedan controlar las pulsiones evasoras del gran capital y recuperar la riqueza socialmente generada para redistribuirla de manera equitativa.

Conformar un poder democrático que permita desarticular la economía de mercado capitalista y transitar hacia modos más elevados de organizar la vida en común, entonces, no solamente requiere confrontar al establishment en las calles y en las urnas. Durante las últimas décadas, sin embargo, hemos visto cómo la pregunta acerca de la forma de un Estado que posibilite una transición hacia una sociedad alternativa, ha sido desplazada por un nuevo consenso que rechaza de plano las instituciones y entiende a los movimientos sociales, por sí mismos, como el único sujeto posible de cambio. El orden neoliberal y su ejército de tecnócratas y economistas, mientras tanto, se adentran cada vez más en las insondables abstracciones técnicas de la regulación, secuestrando el aparato estatal para favorecer a pequeñas élites. El espejismo neoliberal de un mercado que se autorregula de manera eficiente se ha desvanecido en años recientes ante un Estado activista que rescata a grandes compañías en eventos de crisis, redistribuye riqueza hacia arriba a través de exenciones tributarias y subsidios, y despliega impresionantes redes logísticas transnacionales diseñadas exclusivamente para la captura de rentas monopólicas entre un puñado de grandes empresas. La planificación económica está de vuelta, y opera a una escala sin precedentes.

Durante muchos años, el consenso general en la teoría económica y en los espacios de toma de decisiones consistió en la idea de que el mercado constituye el instrumento más sofisticado y completo para recopilar información dispersa en la economía; una superinteligencia distribuida y más-que-humana que traduce esta información en "señales" que luego alimentarán diseños institucionales y de política. El mercado, por ende, ha sido comprendido como el medio más eficaz para solucionar cualquier problema

colectivo de asignación y gestión de recursos. Este sentido común o *doxa* se remonta al famoso “debate sobre el cálculo socialista” de las décadas de 1920 y 1930, en el que Friedrich von Hayek y Ludwig von Mises –filósofos y economistas de la Escuela de Austria– cuestionaron la capacidad de las agencias nacionales de planificación para movilizar este tipo de información proveniente de sistemas complejos, como lo son las economías nacionales.⁵ La figura del individuo racional maximizador de utilidades –célula elemental de este sujeto colectivo distribuido llamado “mercado”– ha sido desde entonces tan hegemónica como símbolo de antiolectivismo, que como lo señala Jodi Dean,⁶ incluso se ha extrapolado al imaginario de una izquierda que considera las prácticas individuales y micropolíticas como un foco de acción más importante que los movimientos organizados de masas y de gran escala –como sindicatos, partidos políticos, cuadros técnicos y, por supuesto, organismos de planificación–.

La sucesión de crisis globales que inició con el estallido de la burbuja de hipotecas basura (*subprime*) en los Estados Unidos durante 2008, y que llegó a su punto más álgido en la pandemia del coronavirus en 2020, puso

5. La tesis de la imposibilidad del cálculo socialista consiste en la impugnación de la factibilidad *técnica* (no política o incluso moral) de una economía conscientemente planificada, principalmente desde dos derivas teóricas. En primer lugar, las corrientes neoclásicas han cuestionado su viabilidad práctica por los problemas de cómputo y contabilidad que suscitaría la gestión de una economía extensa. En segundo lugar, las tradiciones austriacas han conjeturado su inviabilidad lógica por la incapacidad que una economía de esta naturaleza tendría para recopilar la información necesaria para un cálculo racional del proceso general de reproducción socioeconómica (ver Don Lavoie, *Rivalry and Central Planning: The Socialist Calculation Debate Reconsidered*, Arlington, George Marcus University Press, 2015 y Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Cibercomunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*, Madrid, Trotta, 2017). Los detalles acerca del problema del cálculo –y sus posibles soluciones– se abordarán en los capítulos 2 y 3.

6. Jodi Dean, *The Communist Horizon*, op. cit.

en entredicho aquel consenso. Primero que todo, ha demostrado que la “catalaxia” (término que Hayek empleó para describir la naturaleza supuestamente autoorganizativa del mercado) de la economía neoliberal, es de hecho *una práctica de gobierno*; su existencia es inconcebible sin una vasta diversidad de mecanismos de intervencionismo político y de coordinación inter-empresa. El auge de megacorporaciones como Amazon, Facebook y Walmart, por su parte, también ha sido posible gracias a ambiciosos esquemas de planificación estratégica al interior de las propias firmas. Haciendo un guiño a Gosplan (la agencia de planificación central de la Unión Soviética bajo el estalinismo) algunos analistas sugieren que las prácticas de coordinación de este tipo de actores monopólicos han dado origen a una suerte de “Gosplan 2.0” o “Gosplan de Google”. Como lo sugiere Campbell Jones, cuando la planificación se transforma en el hábitat natural en el que se desenvuelve la economía política del capitalismo, la pregunta deja de ser entonces si se debe planificar o no, sino *de qué manera se debe planificar, en beneficio de quién se debe hacerlo, y a quién se debe incorporar en la elaboración de planes.*⁷

La figura de la planificación económica –cargada con los tumultuosos sucesos de la historia del siglo XX– nos recuerda que una política reactiva es insuficiente si no va de la mano de una disputa por el control democrático de espacios económicos hegemónicos. En consecuencia, el incipiente debate sobre la planificación ofrece un inesperado espacio de apertura teórica y política para volver a discutir visiones ambiciosas y radicales de futuros post-capitalistas. Para algunas tradiciones, las nuevas tecnologías de supercomputación, de robótica y de conectividad logística permitirían solucionar el problema del cálculo y

7. Campbell Jones, “Introduction: The Return of Economic Planning”, *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, n° 1, pp. 1-10, 2020.

podrían, por fin, hacer posible la planificación de un futuro socialista post-escasez.⁸ Otros enfoques, por su parte, han planteado modos de intervención que puedan superar el registro tecnocrático, masculinizado y eurocéntrico que caracterizó a las culturas de planificación del pasado.⁹ Pese a los matices, lo innovador de esta discusión es que permite un desplazamiento desde los argumentos típicamente moralistas y/o celebratorios sobre las economías alternativas (ya sean solidarias, cooperativas, poscarbono, o no mercantiles), hacia un examen concreto de su viabilidad económica, su factibilidad técnica y sus condiciones político-institucionales.

II

La pregunta sobre los fundamentos institucionales del cambio social reemerge con fuerza en un momento en el que la construcción de poder constituyente –en marchas masivas, asambleas, cabildos abiertos y otras formas de participación territorial– demanda mecanismos concretos que permitan la factibilidad política y técnica de un autogobierno popular. Pese a los distintos enfoques que informan la discusión acerca del concepto de poder constituyente, todos coinciden en el hecho de que el fin último de la fuerza expansiva y avasalladora que emerge

8. Ver por ejemplo Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Ciber-comunismo*, op. cit.; Leigh Phillips y Michal Rozworski, *The People's Republic of Walmart: How the World's Biggest Corporations Are Laying the Foundations for Socialism*, Londres, Verso, 2019 y Evgeny Morozov, "Digital Socialism? The Calculation Debate in the Age of Big Data", *New Left Review*, vol. 116, pp. 33-67, 2019.

9. Ver Stefano Harney y Fred Moten, *Los abajocomunes. Planear fugitivo y estudio negro*, México, Cráter Invertido, 2017; Luskin Center, *Abolitionist Planning*, Los Ángeles, Luskin Center UCLA, 2017 y Thea Riofrancos, "Plan, Mood, Battlefield: Reflections on the Green New Deal", *Viewpoint Magazine*, 16 de mayo de 2019.

del pueblo organizado (*potentia*) es dictar las normas fundamentales que organizan y dan forma a los poderes del Estado (*potestas*).¹⁰ De hecho, como lo sugiere Enrique Dussel,¹¹ el poder popular solamente deviene *real* cuando se coagula en formas institucionales y órdenes estatuidos, tanto estatales como extraestatales.¹² En sus manifestaciones más condensadas, la *potestas* de una comunidad política abarca no solamente formas jurídicas generales –constitución política y leyes estatutarias–, sino también dispositivos puntuales que rigen la cotidianidad colectiva en su complejidad y heterogeneidad.

Uno de los elementos cardinales de la planificación es precisamente el hecho de que no solamente está orientada hacia el futuro, sino que despliega los instrumentos técnicos del aparato estatal –leyes, estatutos, planos, dispositivos regulatorios, censos, etc.– para realizar concretamente ese futuro. Es precisamente debido a su carácter prospectivo que la planificación ha sido entendida como un modo de asignación de recursos que opera de manera *ex ante*, en contraposición a la asignación de recursos por vía de mercado, que opera de manera *ex*

10. Ver por ejemplo Antonio Negri, *Insurgencias: Constituent Power and the Modern State*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1999 y Camila Vergara, *República plebeya. Guía práctica para constituir el poder popular*, Santiago, Sangría, 2020.

11. Enrique Dussel, *20 tesis de política*, México D.F., Siglo XXI, 2006.

12. La historia social de los movimientos populares modernos, de acuerdo con Camila Vergara, demuestra que la constitución del cuerpo social en un sujeto político –puntualmente en cuanto “pueblo plebeyo”– se tiende a materializar con el fin de restablecer los desbalances de sistemas institucionales donde las dinámicas autodestructivas del poder oligárquico han desbordado el Estado de derecho. El *telos* de este proceso de subjetivación política, de acuerdo con la autora, no consiste solamente en revertir la corrupción sistémica de las estructuras legales e institucionales, sino también en constituir una república antioligárquica. Ver Camila Vergara, “Populism as Plebeian Politics: Inequality, Domination and Popular Empowerment”, *Journal of Political Philosophy*, vol. 28, n° 2, pp. 222-246, 2019.

post.¹³ Otro elemento característico de la planificación es el hecho de que esta no se limita a actuar sobre sectores individuales de la economía, sino que *aspira a conducir el proceso general de reproducción socioeconómica a partir de trayectorias de desarrollo fijadas democráticamente*. Bajo este entendido, la planificación democrática sería entonces la trama de instrumentos que se activan para *dar forma (potestas)* a las visiones de sociedad que emergen del pueblo organizado (*potentia*). Puede parecer extraño e incluso anacrónico querer recobrar, en un tono relativamente apologético, un concepto con un pasado tan cargado y turbulento como el de la planificación. Sin duda, fue la visión grandilocuente de la planificación, así como sus desfiguraciones burocráticas y autoritarias, lo que signó su declive tras el fin de la Guerra Fría. En la década de 1990, la idea de planificación económica ya no solo parecía soberbia, sino ineficiente y políticamente peligrosa. En su reemplazo, la *gobernanza* surgió como una alternativa más sensata, imparcial y aparentemente menos ideológica de administrar recursos escasos en una sociedad. Tras el declive de la planificación económica modernista, la gobernanza y la planificación urbana inauguran entonces un paradigma de política económica que se desliga de los grandes diseños utópicos y normativos.¹⁴ Su función principal será la de velar por la eficiencia, generar un entorno atractivo para la inversión privada,

13. Ver Ernest Mandel, "In Defense of Socialist Planning", *New Left Review*, vol. 159, pp. 5-37, 1986.

14. El argumento de que la planificación urbana –por lo menos en la manera en que se practica y se entiende actualmente– no constituye planificación como tal, sino que corresponde más bien a una forma particular de gobernanza socioespacial, ha sido desarrollado por Carlos de Mattos, "De la planificación a la gobernanza: hacia un nuevo modo de gestión urbana", *Ciudades*, vol. 66, pp. 1-47, 2005, y más recientemente por Samuel Stein, *Capital City: Gentrification and the Real Estate State*, Londres, Verso, 2019. La relación entre planificación económica y planificación urbana se abordará en mayor detalle en el capítulo 7.

e inculcar actitudes y disposiciones empresariales en la población. La competitividad territorial se convierte en el nuevo norte de la gestión pública, y los distintos espacios regulatorios (desde las economías nacionales hasta los espacios submetropolitanos) comienzan a competir entre sí para atraer flujos de inversión extranjera directa, así como capital humano altamente cualificado. Desde este momento, las regiones y territorios empiezan a especializarse en la atracción de variados tipos de inversiones –minerías, turísticas, agroindustriales, energéticas y financieras, entre otras-. También, los protocolos de intervención de la gobernanza usualmente van acompañados de retóricas y ejercicios formales de “participación” e “inclusión”, particularmente como dispositivos que permitan dotarlos de legitimidad ante la ciudadanía. Este tipo de ejercicios participativos, sin embargo, han sido criticados porque en la práctica tienden a cooptar la organización colectiva y a desactivar demandas redistributivas reales.¹⁵

Pese a las críticas, la gobernanza –con su evangelio de la eficiencia y sus mecanismos de inclusión espuria– se presenta hoy en día como el único modo de gestión viable. Entonces, hay algo en la figura de la planificación que es subversivo, precisamente porque le imprime una historicidad densa a un momento en el que los excesos del posmodernismo y de la ideología neoliberal clausuran la posibilidad de pensar históricamente. Como lo sugiere Fredric Jameson en *Arqueologías del futuro*,¹⁶ el conocimiento histórico es uno de los mecanismos que permiten perforar

15. Ver Faranak Miraftab, “Insurgent Planning: Situating Radical Planning in the Global South”, *Planning Theory*, vol. 8, n° 1, pp. 32-50, 2009; Erik Swyngedouw, “La naturaleza no existe. Sostenibilidad como síntoma de una planificación despolitizada”, *Urban*, vol. 5, n° 1, pp. 41-66, 2011 y Clarissa Sampaio Freitas, “Insurgent Planning? Insights from Two Decades of the Right to the City in Fortaleza, Brazil”, *CITY*, vol. 23, n° 3, pp. 285-305, 2019.

16. Fredric Jameson, *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*, Madrid, Akal, 2009.

aquel cerco de la experiencia que en circunstancias normales nos impide captar la alteridad radical; es decir, el hecho de que las cosas no solamente pueden ser radicalmente *otras*, sino que en efecto lo han sido en algún momento del tiempo, y que por ende la ruptura es una posibilidad concreta de la vida social.¹⁷ La planificación, entonces, supera la idea del presente como tiempo vacío o simplemente como continuum y reclama una facultad que hoy se encuentra adormecida: la de imaginar y de producir un futuro que no sea un mero pastiche de la sociedad ya existente. En otras palabras, la planificación no solo da forma al futuro-como-ruptura; por su naturaleza eminentemente prefigurativa, conjura mundos alternativos y por tanto es *una forma mediada o modo de existencia del futuro*.

Como se desprende de la crítica materialista de la economía política desarrollada por Marx, la mercancía es una forma mediada o indirecta del trabajo humano, así como el dinero es una forma mediada de los mercados y la interdependencia económica. Estas formas cristalizan –aunque de modo parcial, inestable e indirecta– los atributos de las relaciones sociales que les dan origen. De esta misma manera, los instrumentos técnicos de la planificación se pueden entender como una expresión mediada y cosificada de las visiones del futuro que emergen del poder popular constituyente. Los estudios basales, censos y leyes que dieron vida a las reformas agrarias latinoamericanas del

17. Fredric Jameson en *Postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* (Barcelona, Paidós, 1991) indica que justamente lo que caracteriza al posmodernismo es un debilitamiento o mengua de la historicidad y una concepción del tiempo histórico que carece de determinaciones o incluso de la posibilidad de ruptura, deviniendo así en un eterno presente. En vez de la conciencia histórica colectiva del modernismo, donde un presente sincrónico se diferencia del pasado, Jameson entiende el posmodernismo como el dominio de la heterogeneidad espacial. Habitamos lo sincrónico y no lo diacrónico. Bajo el posmodernismo, no existe entonces un proyecto emancipatorio entendido en sentido histórico, sino más bien una variedad de locaciones “heterotópicas” esparcidas en el espacio, pero nunca diferenciadas en el tiempo.

siglo pasado, por ejemplo, cristalizaron en mayor o menor medida la sensibilidad de múltiples movimientos de masas que al gritar con fuerza *“la tierra para quien la trabaja”*, trazaron el rumbo hacia una sociedad libre de la dominación de patrones hacendales. En este sentido, las fórmulas y protocolos de intervención que puedan surgir en el marco de nuevas luchas por la justicia territorial, racial, de género y socioecológica, también prefigurarían mundos más allá de otras formas de dominación. En consecuencia, el objetivo de este ensayo consiste en identificar y recuperar aquello que es emancipador en la planificación tal como esta ha existido. Esto incluye no solamente la planificación del pasado histórico, sino también nuevas formas de planificación insurgente que han emergido en municipios y territorios para confrontar los efectos desintegradores del capitalismo tardío en su configuración financiarizada, microelectrónica y rentista.

Parte de la inspiración para este libro surgió de la ciudad de Santiago de Chile, que durante la década de 1960 fue uno de los principales epicentros globales del pensamiento crítico sobre la planificación. El Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO), el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) y la Comisión Económica de América Latina y el Caribe (CEPAL), fueron algunos de los nodos de una vibrante red epistémica transnacional que entrelazaba espacios universitarios, de militancia política y de toma de decisiones. Posteriormente, en el contexto del proceso revolucionario que lideró el gobierno de la Unidad Popular tras la victoria electoral de Salvador Allende en 1970, Santiago fue la sede de una de las reformas agrarias más masivas y transformadoras llevadas a cabo por un régimen democrático. En ese período, la ciudad también fue el escenario del Proyecto Synco, quizás el más futurista y ambicioso esfuerzo de emplear tecnologías cibernéticas para crear un sistema de planificación económica

descentralizada en tiempo real. El sueño de construir una economía consciente y colectivamente coordinada a partir de principios de democracia económica, liberación nacional y autogobierno obrero, como bien se sabe, fue extinguido por una sangrienta dictadura militar. Su presencia fantasmática, sin embargo, aún perdura en la cultura política de las organizaciones populares que hoy se enfrentan al neoliberalismo.

Actualmente, en el barrio chileno de Recoleta funciona una red de farmacias populares que permite adquirir medicamentos baratos por fuera del circuito oligopólico de las grandes farmacéuticas. En palabras de Daniel Jadue, el alcalde que diseñó e implementó este proyecto, la Farmacia Popular no solamente tiene implicaciones prácticas al expandir las posibilidades de acceso a remedios costeables por las clases populares. También es “una bomba de racimo que está detonando un cambio en el nivel de conciencia, en la voluntad y en el estado de ánimo de la izquierda”.¹⁸ Si la observamos exclusivamente desde el punto de vista del presente, la Farmacia Popular tal vez parezca una iniciativa modesta y limitada. Sin embargo, su forma técnica puede que contenga el germen de reformas futuras más radicales y profundas, que eventualmente reconfiguren la manera en que se producen y comercializan los medicamentos. Desde que fue lanzado en 2015, el modelo de la Farmacia Popular no solamente ha entregado 1.200.000 medicamentos a 24.000 usuarios en Recoleta, sino que también se ha replicado de manera exitosa en más de 140 municipalidades en todo el país. Más que un caso aislado, la alcaldía de Recoleta es parte de un emergente movimiento municipalista en el que diversas alcaldías rebeldes alrededor del mundo han hecho

18. Cit. en Claudio Pizarro y Macarena Gallo, “Daniel Jadue, el hombre detrás de la Farmacia Popular: ‘Chile es un cartel’”, *The Clinic*, 2015, disponible en theclinic.cl.

de la escala metropolitana un laboratorio de experimentación con formas no capitalistas de los mercados y las relaciones sociales.¹⁹

Además de los métodos de planificación desarrollados por alcaldías rebeldes en diversas ciudades del mundo, nuevos repertorios de prácticas de intervención pública que incluyen, pero también superan los límites del Estado, han puesto en manos de la ciudadanía la capacidad de rediseñar activamente su entorno. Comunidades de planificación insurgente, innovación de base, urbanismo táctico y ciencia ciudadana, como veremos a lo largo de estas páginas, desestabilizan la tendencia de la gobernanza neoliberal a excluir a la sociedad civil del proceso de concepción y ejecución de mecanismos de intervención. Así, las prácticas que surgen de estas comunidades descentran el rol de expertos técnicos y empoderan comunidades al permitir la incorporación de saberes populares y situados en los procesos de gestión de recursos. Por su carácter táctico y cooperativo, son afines a lo que Silvia Federici ha llamado *contraplanificación*: microactos cotidianos orientados a organizar la vida de manera alternativa en el contexto de la actual crisis de reproducción social.²⁰ Pese a los importantes aportes que estas comunidades de investigación-acción lograron en la democratización del conocimiento, sus efectos son aún limitados, pues su espectro de acción se ha mantenido de alguna manera al margen de visiones de gran escala, y su operación circunscrita principalmente a entornos locales.

19. Ver Santi Fernández Patón, *Municipalismo y asalto institucional: una visión descrita*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019; Bertie Russell, "Beyond the Local Trap: New Municipalism and the Rise of Fearless Cities", *Antipode*, vol. 51, n° 3, pp. 989-1010, 2019 y Matthew Thompson, "What's so New About New Municipalism?", *Progress in Human Geography*, 2020.

20. Ver Silvia Federici, *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*, Oakland, PM Press, 2012 y Silvia Federici y Campbell Jones, "Counterplanning in the Crisis of Social Reproduction", *South Atlantic Quarterly*, vol. 119, n° 1, pp. 153-165, 2020.

III

Una planificación democrática que traduzca y extienda de manera eficaz el lenguaje del poder constituyente, entonces, requiere de una nueva imaginación escalar y temporal cuyo horizonte de transformación sea mucho más amplio que los territorios afectados por problemas puntuales o los tiempos del corto plazo. En las visiones que inspiraron el diseño de grandes reformas agrarias, Estados de bienestar, proyectos de vivienda social y programas de reconversión productiva en el siglo XX, se encuentran mapas cognitivos de mundos donde no solamente se buscaba expandir la equidad socioeconómica, sino también ampliar las fronteras del bienestar material e incluso del disfrute y la experiencia estética para millones de personas. Es por ello que este libro también pretende recuperar algunas de las preguntas, abordajes metodológicos y aspiraciones de la planificación económica bajo el modernismo. Volver de manera crítica a estas imágenes históricas no implica una actitud nostálgica o complaciente con los mundos perdidos del socialismo, la socialdemocracia o el desarrollismo. Articular históricamente el pasado, Walter Benjamin plantea en sus *Tesis sobre la filosofía de la historia*, “no significa conocerlo como verdaderamente ha sido. Significa apoderarse de un recuerdo tal como este relampaguea en un instante de peligro”.²¹ La historia de la planificación económica aviva y reactualiza trayectorias de democratización que han desaparecido ante el eterno presente del realismo capitalista, y que podrían trazar el rumbo hacia *una planificación distinta* en el futuro.

Al reflexionar sobre estas trayectorias de democratización, entonces, también se busca tensionar el consenso posmoderno que desdeña los grandes diseños de

21. Walter Benjamin, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Santiago, LOM, 2009, p. 41.

transformación social del pasado. Hoy, nuevos movimientos populares empiezan a plantear visiones de diseño y planificación arraigadas en movimientos de base, pero con un ámbito de operación a escala nacional, y en algunos casos incluso transnacional. El Green New Deal o Nuevo Pacto Verde, propuesto por un emergente movimiento de socialismo democrático en los Estados Unidos, formula un ambicioso programa de descarbonización profunda de las infraestructuras tecnológicas que constituyen la economía nacional, y cuyo desarrollo estimulará la creación masiva de empleos dignos.²² Es decir, el Green New Deal parte del presupuesto de que una transición energética a gran escala es inconcebible sin antes garantizar el bienestar material de las clases trabajadoras, y particularmente de las comunidades más afectadas por los efectos del cambio climático y la crisis económica. Si bien el proyecto del Green New Deal se originó en el mundo anglo-europeo, actualmente está siendo apropiado por partidos y movimientos sociales en varios países del mundo para combatir de manera simultánea los dos grandes desafíos del presente siglo: el calentamiento global y la desigualdad extrema.

En América Latina, la figura del Nuevo Pacto Verde ha sido recientemente promovida a través de lo que Maristella Svampa y Enrique Viale han denominado un Gran Pacto Ecosocial: un programa de transición económica y energética que permita superar el extractivismo fósil, monopólico y depredador que predomina en la región.²³ En Uruguay, el caso del Sistema Nacional e Integrado de Cuidados (SNIC) es también ilustrativo de una visión de planificación cuyo ámbito de operación se extiende por la escala nacional. Creado en 2015 tras un largo proceso de movilización social feminista, el SNIC inaugura una institucionalidad

22. Ver Kate Aronoff y otros, *A Planet to Win: Why We Need a Green New Deal*, Londres, Verso, 2019.

23. Maristella Svampa y Enrique Viale, "Nuestro Green New Deal", *Revista Anfibia*, 2020, disponible en revistaanfibia.com.

pública orientada a visibilizar los trabajos de cuidados, velar por personas en situación de dependencia y promover una mayor justicia de género en el trabajo reproductivo.²⁴ Pese a lo innovadores que puedan ser este tipo de casos, son apenas excepciones a una tendencia general a pasar por alto diseños institucionales de mayor escala y de más largo plazo, principalmente por asumir que implican una lógica estatista y homogeneizadora. Por esta razón, volver al antiguo problema de la planificación implica replantear las grandes preguntas –muchas de ellas aún no resueltas– que animaron los distintos programas y protocolos de intervención del siglo pasado.

En cuanto a sus manifestaciones históricas concretas, podemos identificar tres figuras o tipos ideales de la planificación: primero, una planificación del pasado histórico bajo el modernismo, que pese a estar fundamentada en ideales y programas redistributivos de distinta raigambre, fue intrínsecamente burocratizada, masculinizada y centrada en el ideal del crecimiento económico como un fin en sí mismo. La persistencia de algunos elementos de este paradigma de gestión se puede evidenciar en el auge reciente de plataformas neodesarrollistas o neokeynesianas, como ha sido el caso de los gobiernos progresistas de la llamada “marea rosa” en América Latina.²⁵ Segundo, una planificación del

24. Ver Susana Draper, “Tejer cuidados a micro y macro escala entre lo público y lo común”, en Cristina Vega Solís, Raquel Martínez-Buján y Myriam Paredes (eds.), *Cuidado, comunidad y común. Experiencias cooperativas en el sostenimiento de la vida*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.

25. Si bien estos gobiernos emprendieron procesos constituyentes que se reflejaron en constituciones progresistas, donde en algunos casos la *pachamama* incluso fue declarada sujeto de derechos, carecieron de la capacidad de transformar el funcionamiento cotidiano y concreto del modelo económico existente. Es decir, implementaron un esquema que Eduardo Gudynas ha denominado “neoextractivista”, pues incorporó mecanismos de redistribución de la riqueza, pero dejando intactas las economías rentistas, expansionistas y de enclave sobre las que se sustentaba su actividad fiscal. Eduardo Gudynas, “Agropecuaria y nuevo extractivismo bajo los gobiernos progresistas de América del Sur”, *Territorios*, vol. 5, pp. 37-54, 2010.

presente bajo el capitalismo tardío, cuyas tendencias polarizantes han permitido nuevas y más avanzadas configuraciones de poder monopólico, segregación social y colapso ecológico. Este tipo de planificación estratégica es la que predomina actualmente, y sus modos de operación se han hecho mucho más evidentes tras la reciente mutación del neoliberalismo hacia una configuración más ostensiblemente autoritaria e intervencionista. Tercero, una planificación democrática del futuro posible. Esta última forma de planificación surgiría como una determinación necesaria de la activación política de las masas populares y de su posterior inserción sustantiva al proceso de toma de decisiones. Sería abigarrada no solamente en términos de su capacidad de combinar formas institucionales estatales y extraestatales (esto es, cuerpos técnicos y grupos de democracia de base), sino públicos heterogéneos en cuanto a su composición de género, de raza y de clase. Asimismo, esta planificación no emanaría desde arriba o desde ningún tipo de "centro", sino que sería el producto de la interacción sinérgica de distintas escalas o niveles de toma de decisiones.

Por último, esta tercera figura de la planificación superaría la obsesión enfermiza con el ideal del crecimiento económico infinito, tan propia no solo de enfoques (neo)keynesianos y (neo)desarrollistas, sino también del socialismo productivista en sus distintas derivaciones. Por el contrario, este modo de coordinación consciente de la economía estaría orientado hacia el pleno despliegue de las capacidades humanas y del valor de uso como el principio regulador de las relaciones sociales: democracia económica, tiempo libre, cuidado, solidaridad interespecies, elación estética, bienestar físico y psíquico, serían sus objetivos primigenios. Se trataría de un modo de gestión orientado hacia la realización concreta de la antropología filosófica que informa los *Cuadernos de París*, en los que un joven Marx plantea que la construcción de una sociedad postcapitalista no implica otra cosa que la

emancipación de los sentidos del dominio de la necesidad abstracta; en esta sociedad, las personas desarrollarían a plenitud la vasta gama de potencialidades y atributos de su *ser genérico* [*Gattungswesen*], elevándose sobre un sistema de relaciones sociales donde su propia individualidad sensible se ve reducida a sus funciones animales –para quien sufre de hambre, los alimentos no existen en su forma social, convivial y humanizada, sino en su forma abstracta como comida; para quien está asediado por las deudas y las privaciones materiales, no existe diferencia alguna entre el sonido de una melodía y el ruido de un objeto al caer–.

La emancipación de los sentidos, sin embargo, estaría lejos de ser una empresa burdamente antropocéntrica. Como lo sugieren enfoques teóricos recientes sobre planificación ecosocialista, el proyecto político de la emancipación sensible humana contribuiría de manera decisiva a enfrentar la crisis climática. La multiplicación de nuevas formas de desarrollo personal y consumo colectivo –manifestadas en actividades de ocio, deportivas, artísticas, eróticas e intelectuales– tendrían una huella energética más baja que las que dependen del consumismo individualista e irracional del capitalismo. Lo mismo sucedería con la ampliación del sector de trabajos relacionados con el proceso de reproducción social, como lo son los cuidados, la educación, la salud, el transporte público, la vivienda, etc. Una transición hacia estilos de vida bajos en carbono, en este sentido, reduciría la presión sobre especies y ecosistemas planetarios, permitiendo un programa de estabilización climática que sea efectivo y democráticamente coordinado.²⁶ Entendida en estos términos, la

26. Ver Michael Löwy, “Eco-socialism and Democratic Planning”, *Socialist Register*, vol. 43, pp. 294-309, 2007; Kate Aronoff y otros, *A Planet to Win*, op. cit. y Cedric Durand y Razmig Keucheyan, “Hacia una planificación ecológica”, en *El futuro será verde*, Santiago, Editorial Aún Creemos en los Sueños - Le Monde Diplomatique, 2020.

planificación no se limita al ejercicio economicista de organizar las relaciones de producción. Al ser una práctica con una fuerte sensibilidad utópica, también comprende la aspiración estética de crear y movilizar nuevas formas de deseo y de disfrute. La idea de hacer de la utopía de masas un correlato lógico de la utopía personal, como lo plantea Susan Buck-Morss, fue un elemento fundamental de los grandes paradigmas de intervención pública del siglo pasado.²⁷

Es quizá la dimensión propiamente libidinal de la planificación lo que explica la fijación retromaniaca hacia la cultura material del modernismo, en muchos casos deliberadamente orientada a amplificar los ámbitos sensibles y lúdicos del cuerpo deseante. La fascinación atávica que hoy suscitan los artefactos arquitectónicos de corrientes como el brutalismo, el Bauhaus, el constructivismo o el art deco – complejos de vivienda, pero también parques, monumentos, estadios y lugares de esparcimiento – por ejemplo, es un síntoma de la inconformidad generalizada tanto hacia el dogma de la austeridad neoliberal, como hacia el ascetismo lúgubre o pastoril de las izquierdas más tradicionales. Después de que tres décadas de neoliberalismo y una pandemia hayan devastado la estabilidad material y psíquico-afectiva del cuerpo social, instalar nuevamente una política de la prosperidad tal vez sea una de las tareas más urgentes en la agenda. A diferencia de lo que sucedió con los antiguos debates sobre planificación, sin embargo, hoy no solamente se encuentra en juego una disputa por la capacidad de gestionar el bienestar y la felicidad social en un escenario de desmoronamiento económico. La naturaleza de la coyuntura también hace ineludible la necesidad de *redefinir* y *ampliar* radicalmente lo que se entiende por abundancia.

27. Susan Buck-Morss, *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*, Madrid, La Balsa de la Medusa, 2004.

Las narrativas tradicionales sobre el bienestar, basadas en nociones occidentalizadas de la afluencia material, el trabajo asalariado, la familia heteropatriarcal y el Producto Bruto Interno (como métrica única del progreso humano), durante décadas fueron incuestionables. Hoy, sin embargo, enfrentan una profunda crisis. Si bien la globalización neoliberal ha permitido un aumento en la afluencia material de diversos sectores de la sociedad al garantizarles acceso a una mayor cantidad y diversidad de bienes de consumo, esto ha sido a costa de crecientes niveles de estrés, deudas, inestabilidad económica, sobrecarga de trabajo y destrucción ecológica. Resaltando el efecto deslibidinante de este tipo de consumismo financiarizado e individualizado, Kate Soper ha planteado recientemente la necesidad de un *hedonismo alternativo* como el imaginario político de una sociedad futura posconsumismo.²⁸ Un hedonismo alternativo, de acuerdo con Soper, pone de manifiesto la pérdida de placer que acompaña la adquisición irracional de cada vez más bienes de consumo, y avizora la compleja y vibrante estructura libidinal que podría ser activada por culturas de trabajo y estilos de vida menos apresurados, cronocéntricos y adquisitivos. El regreso de la antigua cuestión sobre la planificación, como se verá a lo largo de este libro, aparece entonces como un importante terreno de batalla sobre el que se vislumbran los términos concretos de una futura política de la prosperidad.

La planificación fue una de las ideas-fuerza más importantes del siglo pasado. Su desaparición ha coincidido con el ocaso de aquella sensibilidad que Mark Fisher denominó “prometeísmo popular”,²⁹ y que consiste en la aspiración que alguna vez tuvo la clase obrera de crear

28. Kate Soper, *Post-Growth Living: For an Alternative Hedonism*, Londres, Verso, 2020.

29. Mark Fisher, *Los fantasmas de mi vida. Ensayos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017.

un mundo que excediera –en términos experienciales, estéticos y políticos– los miserables límites de las relaciones sociales burguesas. El conocimiento histórico de las contradicciones y de las potencialidades de la planificación económica, puede servir a la imaginación táctica y estratégica de nuevos movimientos de masas (feministas, ecosocialistas, antirracistas) que hoy buscan recobrar esta antigua ambición futurista. En términos generales, este libro entonces reformula la clásica pregunta sobre la planificación democrática, y discute algunas experiencias históricas y corrientes teóricas que permiten esbozar aquella tercera figura de la planificación posible. Esta operación, como veremos, también presupone una política del conocimiento: tras haber sido una de sus principales preocupaciones en décadas pasadas, las ciencias sociales han abandonado por completo su interés en la idea de la planificación. Actualmente, la vocación pública de su estatuto disciplinar se vuelca hacia los más acotados y políticamente ambiguos campos de las “políticas públicas” y de la “evaluación de proyectos”. Una lectura crítica de este tipo de experiencias, entonces, puede ser de utilidad para volver a pensar una ciencia social comprometida con el cambio social.

IV

En cuanto a su estructura, los distintos capítulos que componen este volumen tienen como finalidad abordar el problema de la planificación democrática desde la óptica de sus *condiciones de posibilidad*, esto es, los principios dinámicos y contingentes –mas no directa o linealmente causales– que permitirían el desarrollo y despliegue inmanente de esta modalidad de gestión. Para fines heurísticos, estas condiciones se han organizado en cuatro grupos: primero, las *condiciones técnicas*, entendidas como

las distintas infraestructuras sociomateriales –digitales, computacionales, logísticas y geoestadísticas– que harían posible la representación, caracterización y gestión de la riqueza social en un proceso de transición; segundo, las *condiciones político-institucionales*, que comprenden las múltiples manifestaciones que asume la relación entre poderes constituidos y poderes constituyentes (parlamentarismo y extraparlamentarismo, ciudadanía y Estado, mercado y plan); tercero, las *condiciones escalares*, que tienen que ver con la manera en que distintos órdenes socioespaciales (la ciudad, la región, el Estado-nación y el sistema-mundo) se coproducen, jerarquizan y recalibran en relación con otros; cuarto, las *condiciones epistémicas*, que se vinculan con el entramado de conocimientos (expertos y vernáculos, situados y algorítmicos, normativos y técnicos) que se movilizan, colisionan y recombinan, dando origen a un tipo de *episteme* propicio para la emergencia de la planificación.

Si bien el análisis de estas distintas condiciones de posibilidad atraviesa todo el libro, los capítulos están organizados de tal forma que se pueda abordar de manera detallada cada una de ellas. El capítulo 2 empieza con una breve discusión acerca del auge de la planificación en los albores del siglo XX, su declive tras el fin de la Guerra Fría, y su retorno bajo la figura de un capitalismo de Estado en la actual crisis planetaria. Posteriormente, se aborda una relectura crítica del “debate sobre el cálculo socialista” de las décadas de 1920 y 1930, volviendo otra vez al problema de la *posibilidad técnica* de la planificación, en especial de cara a discusiones recientes que se han dado en la teoría social crítica. La impresionante reconfiguración sociotécnica del modo de producción capitalista ha llevado a algunos autores a sugerir que los problemas de cómputo y recopilación de información con los que se estrellaron los socialismos realmente existentes, podrían ser finalmente superados. Sin embargo, la cuestión de la

planificación democrática no solo descansa en el acceso a una infraestructura tecnológica que cuantifique y asigne recursos de manera eficiente, también depende de dispositivos institucionales que puedan expandir las posibilidades de la democracia representativa en direcciones inusitadas, incorporando el pueblo trabajador al proceso de elaboración e implementación de planes. Así, este capítulo esboza distintas maneras que podría asumir la compleja relación entre la *técnica* y la *política* en el desarrollo de una nueva figura de la planificación.

El capítulo 3 discute la relación que existe entre la planificación y las relaciones mercantiles, o más generalmente entre mercado y plan. A través de una relectura de la clásica cuestión sobre el “socialismo de mercado”, se reflexiona acerca del rol que desempeñarían el dinero y los mercados en una sociedad postcapitalista. El capítulo repasa tanto el debate original sobre esta materia, como las nuevas derivas que este ha adquirido en la era del *big data* y las plataformas digitales. Las corrientes principales en esta discusión, sin embargo, han operado con nociones estrechas y dicotómicas de la relación entre lo económico y lo político. A partir de una revisión de los principales presupuestos de nuevas corrientes de socialismo democrático y autogestionario, se esbozan visiones más expansivas sobre el lugar de los circuitos monetarios y mercantiles en un proceso de transición.

En el capítulo 4 se analizan algunos enfoques de planificación radical cuyo objetivo ha sido el de reinventar la economía más allá del trabajo asalariado y de la ideología del crecimiento ilimitado –los dos principales puntos ciegos de teorías desarrollistas/keynesianas y de sus versiones contemporáneas–. Ante aproximaciones que desarrollan una lectura cuantitativa del crecimiento (crecimiento como fundamento del bienestar social, o crecimiento como algo negativo que debe eliminarse), el capítulo propone un tercer enfoque con una lectura *cualitativa* del crecimiento;

esto es, un tipo de crecimiento *social y conscientemente controlado* que se desligue del imperativo de la acumulación ilimitada de la riqueza abstracta, y cuyo objetivo sea el cuidado de la vida y de los ecosistemas.

Un importante desafío de la planificación democrática es el de lidiar con las fuerzas desintegradoras del sabotaje de oligarquías organizadas cuyos intereses se puedan ver amenazados en un proceso de transición y empoderamiento popular. En consecuencia, el capítulo 5 explora la relación entre conflicto social y planificación. A partir de una concepción del cambio histórico fundamentada en la teoría del desarrollo desigual y combinado, se concluye que la planificación democrática no solamente debe incorporar mecanismos concretos y diversos para darle un cauce institucional al conflicto social en un proceso de transición –y no limitarse a neutralizarlo o ignorarlo, como sucede con la gobernanza neoliberal y con los regímenes autoritarios–. También, requiere garantizar las condiciones de legitimidad y paz social suficientes en el corto plazo para así asegurar reformas más sustantivas o de largo plazo.

Posteriormente, el capítulo 6 aborda la cuestión de la escala del cambio social, pues uno de los principales problemas de la planificación modernista obedeció a su excesiva concentración en la escala nacional. En consecuencia, se analizan las tradiciones de planificación insurgente y del nuevo municipalismo, y la manera en que estas han reposicionado las escalas barrial y metropolitana como laboratorios de experimentación concreta con diseños radicales de política. Ante el entusiasmo que han suscitado estas nuevas corrientes de intervención, también se consideran algunos de sus límites y debilidades, particularmente de cara a su incapacidad de articularse de manera sinérgica con la escala nacional del aparato estatal, y de ofrecer soluciones que vayan más allá de ajustes meramente redistributivos o asistencialistas.

Finalmente, uno de los rasgos más característicos de la planificación económica es el hecho de que fue posible gracias al desarrollo de una *episteme* arraigada en densas redes que conectaban universidades, centros de pensamiento, espacios de militancia política y de toma de decisiones. De acuerdo con esto, el capítulo 7 reflexiona acerca del rol que la universidad, y las ciencias sociales en particular, podrían desempeñar en el desarrollo de un tipo de intelectualidad más holística y orientada hacia la defensa del interés público. Si bien este tipo de intelectualidad ha sido fundamental en la formación de movimientos de planificación en el pasado, la fragmentación de las ciencias, así como el carácter instrumental y ahistórico del conocimiento bajo la universidad neoliberal, dificultan su rearticulación en el presente. Tras el ocaso de la planificación económica en la década de 1980, la planificación urbana se convirtió en el principal paradigma para la gestión de los entornos construidos y territorios periurbanos. La práctica de este campo disciplinar, sin embargo, carece de los elementos constitutivos de la planificación, y se puede entender más bien como una forma de gobernanza territorial que apunta a la mera gestión técnica y mercantil –y por ende despolitizada– del territorio y las relaciones socioespaciales.

(Re)politizar el campo de la planificación urbana implica, ante todo, tensionar su racionalidad sustantiva y su horizonte –o más bien la ausencia de estos en la manera en que el campo se enseña y se practica actualmente–. En términos más amplios, también requiere cuestionar la filosofía popperiana de ingeniería social “fragmentaria” y avalórica que fundamenta los enfoques docentes de política pública en los departamentos de ciencias sociales. El auge de una nueva política de masas, sin embargo, está sirviendo como catalizador para la eventual revitalización de estos campos del conocimiento, y para la construcción de un movimiento internacional de planificación radical.

El capítulo final, entonces, reflexiona acerca de las condiciones epistémicas y políticas que podrían sentar las bases para un *internacionalismo de la planificación*. El dogma neoliberal de privatizaciones, precarización laboral, represión estatal y políticas de austeridad no se ha hecho realidad por cuestiones del azar; ha dependido de dinámicos circuitos internacionales por los que fluyen conocimientos, modelos económicos, fórmulas urbanísticas y protocolos de intervención. Ha llegado la hora de construir un internacionalismo distinto.